







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*Lejos de Frin*

© Del texto: 2005, Luis María Pescetti

© De las ilustraciones: O'Kif

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-88-9

Impreso en Colombia por Editora Géminis S.A.S.

Primera edición: marzo de 2009

Primera edición en Loqueleo Colombia: noviembre de 2016

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

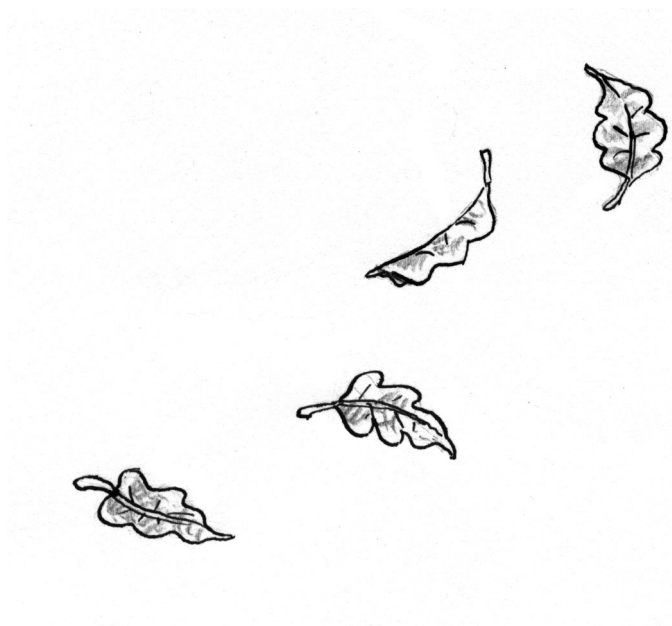
Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Lejos de Frin

Luis María Pescetti



loqueleg



*A lo posible  
cuando va, incluso,  
más lejos que los sueños.*





Era domingo. Era domingo en todas partes. No había un solo lugar donde no lo fuera. De aquí a la China, a la luna, a Japón, de ida y vuelta. El mundo estaba envuelto, aplastado, triturado por el maldito domingo en la tarde. Sentados en la acera: Lynko y Frin con Negrito echado a su lado. Se habían encontrado después de almorzar y, desde que Frin lo había visto llegar con esa cara, porque se había peleado con Vera, estuvo clarísimo que esa tarde iba a ser aburrida. Los papás de Frin les pidieron:

—Muchachos, no hagan ruido porque vamos a dormir la siesta.

El otoño tiene días en que no se decide si son de frío o de calor, y esa tarde, para completar el aburrimiento, era de calor.

—Pero el aire está fresco, ¿no? (Lynko, rascándole la panza a Negrito).

—... ¿Qué?

—Digo, el sol calienta, pero el aire es fresco.

—Ah, sí, acá a la sombra está fresquito, ¿quieres que vayamos al sol?

—No.

—... ¿Y para qué dices que está fresco?

—¡Qué sé yo, Frin, por decir algo! ¡Si estás más callado que no sé qué!

—Tú estás callado porque te peleaste con Vera.

10 —No es cierto (molesto).

—... (Negrito bajó su pata; lo estresaba que lo rascaran en medio de una pelea).

—Sí, es cierto (Frin).

—No es cierto (Lynko).

—Bueno, no es cierto.

Enmudecieron mirando hacia lados distintos. Negrito subió su pata. Pasó un señor en bicicleta. Pasó el tiempo. Pasó viento. No pasó nada.

Frin tomó una piedrita que vio cerca de su pie y la arrojó en mitad de la acera. Luego tomó otra, pero no le acertó a la primera.

—¡Qué bestia, Frin! Era más difícil errarle que pegarle.

—Sí, Guillermo Tell...

—¿Quieres que pruebe yo?! (Lynko).

—No era fácil.

—¿Pruebo yo?!

—No (Frin, con malicia).

—¿Cómo que no?! ¿No quieres que pruebe a ver si le pego?

—... (Negrito bajó la pata).

—Sigo tirando yo.

Contestó Frin, serio, aguantando la sonrisa. Le encantaba molestar a Lynko. Buscó otra piedrita, volvió a arrojar y dio más cerca.

—¡Besssstia! (agarrándose la cabeza). ¡Qué animal! ¡Tampoco le pegó! Mira, ¿quieres que pruebe yo?! (Lynko, mientras rascaba a Negrito que había vuelto a levantar la pata).

—No. Tiro otra vez.

—¿Por qué?! ¡Deja que tire yo!

Frin arrojó otra piedrita, pero esta cayó mucho más lejos que las anteriores. Lynko se paró de un salto. Negrito bajó la pata.

—¡Súper bestia! ¡Peor que antes!... (Caminó hasta la primera piedra). ¡Está a cinco pasos, Frin, cinco pasos! ¡Es imposible errarle! ¡Vas a volver a salir en la tele, es un récord, te lo juro!

—Vas a ver que no (buscó otra piedra).

—¡Deja que tire yo! ¡Por favor, por favor...!

Frin lo miró serio, riéndose por dentro. Negrito no sabía qué hacer con su pata (*la bajo, la subo, la bajo, la subo*).

—¡Por favor, te pido, Frin! (juntaba sus manos en súplica) ¡Por favor!

—¡Pues hazlo, tonto! ¡¿Acaso soy yo el dueño de las piedritas?!

12 Lynko juntó varias piedras, volvió a sentarse en su lugar. Entrecerró los ojos para apuntar, estiró la mano hacia delante, calculó. La regresó. Volvió a estirar, apuntó. Cuando tomó impulso para lanzarla, Frin, aparentando distracción, comentó:

—Es una sola, ojo, eh.

—... ¡¿Qué?! (Lynko, adiós concentración).

—Que juntaste varias piedritas... y es tirar de a una.

—¡Si iba a tirar de a una! (indignado).

—Juntaste varias (Frin, mirando a otra parte, restándole importancia al asunto).

—¡Bueno! ¡Las dejo en el suelo! ¡Las dejo en el suelo! ¡¿Qué me importa?! (desafiando).

Frin levantó los hombros. Lynko dejó las otras piedritas y comenzó a hacer puntería por segunda vez; pero algo fallaba y explotó:

—¡Frin, eres un tramposo! ¡Me distrajiste a propósito!

—No, te avisé que era de a una.

Mientras volvía a ponerse en posición de tiro, Lynko seguía acusándolo:

—¡Maldito cobarde tramposo! Me distrajiste para que no te gane, pero te voy a aplastar, vas a ver.

—... (Negrito subió la pata pero volvió a bajarla: no era momento).

13

Terminó de decir eso y cerró los ojos más milimétricamente que antes. Apuntaba mejor que un robot. Estiró la mano, la tenía súper en la mira, le iba a dar en el medio. Flexionó el brazo, lentamente. En ese momento Frin carraspeó. Lynko dio un salto furioso, y arrojó las piedritas al suelo.

—¡No tosas, Frin! ¡No tosas!

—¿Qué te pasa?! ¡¿Por qué no voy a poder toser?!

—¡Lo haces para distraerme! (Lynko iba y venía, furioso).

—No es cierto, Lynko, tenía un mugrecito, de verdad (aguanta risa).

—¡Entonces, ¿sabes qué?! ¡Si haces trampa, ya gané!

—¡¿Qué tiene que ver?!

—¡Sí, Frin! ¡Haces trampa por miedo a perder!  
¡Entonces ya gané!

Se abrió la puerta de la casa de Frin. Era su papá, con cara de dormido y enojado.

—... (El papá los miró en silencio).

—... (Ellos lo miraron, callados).

14 —... (Negrito aprovechó para entrar a la casa, orejas gachas, cola baja. *Permiso, permiso, yo no fui, mejor me meto, permiso*).

—¿Qué les había pedido?

Los dos agacharon la cabeza. El papá siguió mirándolos sin decir nada, cerró la puerta y regresó adentro.

—¡Se despertó por tu culpa! (susurró Frin).

—¡Mentira! ¡Tú eres el tramposo! (Lynko, también con un susurro).

—¡Tira tu maldita piedra de una vez!

—¡Pero ni respires, ¿oíste?!

—¡Hazlo, Lynko! ¡Cansón! ¡Hazlo!

Lynko recogió una de las piedras, repitió toda su ceremonia de puntería. Arrojó; pero la piedra no acertó en la que era el blanco. Frin saltó despedido como un resorte. Daba piñazos al aire, pero sin gritar, para que no saliera otra vez el padre.

—¡Yes! ¡Yes! ¡Yes! (Frin, susurro).

—Fue tu culpa, ¿oíste? ¡Me distrajiste a propósito! (Lynko, susurro).

—¡Me gusta, Gran Maestro de la Puntería!

—Ahora te toca a ti, que eres tan genio.

Así se pasaron un buen rato: tirando piedritas, y con reglas cada vez más estrictas, porque cuando uno acertaba en el blanco, el otro sospechaba algo y hacía crecer el reglamento. Tenía que estar la cola pegada al piso, no se podían mover los pies, apuntar contando hasta diez, más no; etcétera, etcétera, etcétera, etcétera. Frin llevaba cuatro aciertos y Lynko tres.

Cuando se les acabaron las piedritas empezaron con “Ve a buscarlas tú”. “No, ve tú”. Frin dijo: “Mira”. Juntó saliva en su boca. Lynko abrió los ojos asombrado cuando captó qué iba a hacer. “Mira”, repitió Frin y escupió. Dio en el blanco.

—¡Guau, Frin! ¡Eres un maestro! ¡Le pegaste! ¡¿Cómo hiciste, eh?!

—Así (Frin, comenzó a juntar saliva de nuevo).

—¡No a eso! ¡Me refiero a darle!

—Porque le apunté, tonto.

Lynko se quedó pensativo. Comentó:

—Es que de aquí es muy fácil.

—¡Ja! ¡Hazlo tú! ¡¿O desde dónde, a ver?!